



Barcelona

EL CASO

SEMANARIO DE SUCESOS 2 pts

Núm. 511

EN PAGINAS
CENTRALES:

BARCELONA

ES HALLADO
EN AGUAS
DEL PUERTO
EL TAXI
DESAPARECIDO
EN NOVIEMBRE
DEL AÑO
PASADO



En el interior del vehículo se encontraban los cuerpos de su conductor y del sargento norteamericano cuya desaparición fue señalada por nosotros al mismo tiempo

Un hombre-rana de la Junta de Obras del Puerto realizó el hallazgo

SE ESCLARECE ASI UN MISTERIO QUE APASIONABA A LA CIUDAD CONDAL



¿Superstición o locura?

Este matrimonio ---María Salinas Oliván y Anselmo Escapa Tuella---, habitantes de la ciudad oscense de Barbastro, dio muerte la pasada semana a la madre de él, Antonia Tuella Colunga, anciana de ochenta y un años, ciega, a la que creían posea de los «malos espíritus». Las investigaciones judiciales, muy activas, se encargarán de decidir si los espantos fueron víctimas de un ataque de locura o, por el contrario, lo simulan con el fin de ocultar propósitos criminales

(Amplia crónica de nuestros enviados especiales, en páginas interiores.)

Tragedia en Barbastro (Huesca)

REVISTA "EL CASO", N.º 511, 17 FEBRERO 1962

«Para sacarle los malos espíritus» dieron muerte a su madre

¿Es posible que existan gentes supersticiosas que aún crean en brujas y duendes, que acepten como verdad incuestionable las patrañas de curanderos y pitonisas hasta el extremo de lanzarse ciegas y sordas a sacrificar la vida ajena? No hay dudas, porque la Historia recoge en textos de autores



muy versados en tan escalofriante materia que en tiempos más que lejanos se perpetraron verdaderas salvajadas, no solamente en África, sino en América e incluso en la propia Europa, al socaire de la santería, provocando verdaderos cataclismos en familias y hogares. Pero de eso hace muchos años, muchísimos, y en zonas donde las gentes, carentes de toda cultura, con un concepto por demás absurdo de los sentimientos morales, olvidando green-cias y lazos de sangre, se convirtieron en minutos en reos de parricidios y asesinatos. Acaso los que muy de tarde

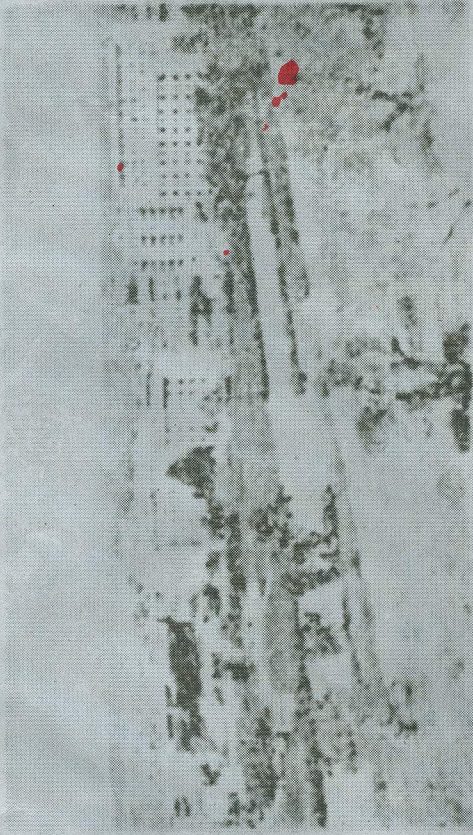
lo que hoy conmueve, exaspera e intranquiliza a los barbastrinos.

UNA FAMILIA EJEMPLAR

La ciudad de Barbastro, que dista medio centenar de kilómetros de Huesca, la capital de la provincia, y 130 de Zaragoza, tiene alrededor de 15.000 habitantes, que desenvuelven sus actividades en las faenas de la agricultura, en la cría y trasiego de ganados de todas clases y se encuentra en estos instantes en plena expansión industrial. Disfruta de una imponderable red de comunicaciones, carreteras que dan paso desde Castilla a los campos de Cataluña, que el casco de su recinto urbano, limpio y ordenado, señala la atención que sus autoridades locales y provinciales dedican a la histórica ciudad. Tiene en su parte alta un pintoresco barrio, conocido por Entremuros, donde la mayoría de sus habitantes son familias labradoras, que trabajan la agricultura desde hace muchas generaciones.

En ese barrio existe una estrecha calleja, conocida por La Peña, donde sus moradores, modelo de laboriosidad y de sanas creencias, jamás dieron motivo por querrelas o diferencias a que las autoridades tuvieran que intervenir en ningún lance desagradable. Se levantan con el alba, marchan a sus fincas y campos, se entregan a la faena de arrancar a la tierra el pan de cada día, salen hacia las sierras y valles inmediatos a pastorear sus rebaños y se recogen tranquilos y satisfechos al caer la noche, para esperar un nuevo día.

En el número 15 de la calle de re-



Vista panorámica de Barbastro, la ciudad oscense escenario del drama que hoy conmueve a todo el alto Aragón

de la familia, quien desapareció hace varios años, dejando verdaderamente inconsolable a la anciana Antonia, que en la actualidad contaba ochenta y un años de edad.

Al quedarse viuda, indicó a su hijo menor, Anselmo, de treinta y nueve años, labrador, que debía ir pensando en buscar esposa y quedarse al frente de la hacienda familiar, para que ésta persistiera y se acrecentara en beneficio de todos y a fin de que no se rompiera en ningún momento la tradición familiar de ser una casa típicamente de labradores del alto

—Cuando Anselmo se casó, todos convinimos en que había salido de la zona de influencia de los padres para entrar en la de su mujer, que lo sustentaba hasta tal punto, que no hacía nada sin antes consultarse a ella. Lo que no pudimos nadie suponer es que su hombría se plegara hasta el extremo de hundirse en un de-





La desventurada anciana Antonia Tuella Colungo, la víctima del crimen

en tarde se enredan en las mallas de esos delitos repelentes en los tiempos que corren, se esconden ladinos y astutos en las sombras de la superstición y de la locura para encubrir las verdaderas causas de sus desmanes homicidas, cuya verdadera matriz suele ser la codicia, el rencor y el afán cerrilmente egoísta de evitarse obligaciones, deberes y preocupaciones en problemas donde se gasta dinero y no se recoge beneficio material.

Y para averiguar si de algo de eso se trata, los investigadores y la Justicia se enfrentan en estos momentos con un espeluznante drama rural, donde unos seres que se dicen creyentes y humanos se han convertido en fieras, provocando la inquietud de las autoridades y la cólera exaltada de esos vecindarios del alto Aragón, cantera de una raza cristiana, generosa y honesta. Concretamente, toda la provincia de Huesca vuelve los ojos a más queridos, cuyos habitantes, consarnados y exaltados por una natural indignación, reclaman que se sepa sin lugar a dudas el porqué de tal monstruosidad y el castigo de los autores, que deshonran e infaman la inmáculada historia de la ciudad escense de Barbastro, escenario de un crimen inconcebible, que es el comentario apasionado y violento de aquella comarca.

Y como la Justicia tiene el decidido propósito de conocer hasta sus raíces el motivo de tal suceso, dejemos a magistrados e investigadores entregados a tan plausible labor y relatemos:

ción de planta baja y piso alto, donde desde tiempo inmemorial vive una familia por demás apreciada y muy querida por el barrio, que construyeron sus abuelos, pasó a sus hijos y, de éstos, a sus nietos.

En esta casa, típicamente de labradores, crearon su familia hace cincuenta años los esposos Francisco Escapa y Antonia Tuella Colungo, natural de Azara, en la misma provincia de Huesca, que al contraer matrimonio vino a Barbastro, de donde ya no salió jamás. Tanto Francisco como Antonia trabajaron, se afanaron en mejorar la hacienda heredada de sus padres y tuvieron seis hijos, tres hembras y tres varones. De las primeras falleció una siendo muy joven, y los demás se criaron en la austeridad del hogar paterno, hasta que cuatro de ellos, al correr de los tiempos, se casaron a su vez y constituyeron sus familias, respetadas y queridas por que siguieron la tradición de honestidad y respeto de sus padres, quedando aún soltero uno de los varones.

El matrimonio de Antonia Tuella Colungo y de Francisco Escapa fue un verdadero ejemplo de comprensión, afecto mutuo y felicidad, que sólo acertó a quebrar la muerte del jefe

de su anciana madre, y aunque su temperamento era bastante apocado, tímido y de tendencias más que reconcentradas, que indicaban un espíritu más dado a obedecer que a mandar, puesto que en toda hora atendía los ruegos y hasta las exigencias de amigos y parientes, se dedicó a buscar novia. No fue tarea fácil dada su extraordinaria timidez, pero al fin, ayudado con consejos ajenos, encontró a una moza en el pueblo de Pano, en la misma provincia de Huesca, que aceptó sus requerimientos amorosos. Y hace poco más de ocho años, Anselmo llevó al altar a María Salinas Oliván, que en aquella fecha contaba veinticuatro años y era miembro de otra familia típicamente campesina. La esposa elegida por Anselmo era honesta, tenía reputación generalizada entre sus amistades de ser muy trabajadora, limpia, ordenada y con arraigadas creencias cristianas.

Se celebró la boda, se instaló el nuevo matrimonio en la casa de la calle de La Peña y con ellos se quedó a vivir la madre y suegra de los contrayentes, duéña y señora por disposición de su difunto marido de toda la fortuna familiar.

Pasaron los años, y según el vecindario de las casas cercanas, la tranquilidad no se quebró, aun cuando cariñosamente los parientes y amigos aseguraban que la que mandaba en su marido, en su suegra y en la casa era María Salinas Oliván, mujer de un fuerte temperamento, de genio un tanto exaltado y muy dada a imponer su criterio y voluntad. Anselmo se distinguía a su esposa y la anciana Antonia la dejaba hacer, pues su salud dejaba mucho que desear desde que quedara viuda. No obstante, la paz reinaba en la casa. Anselmo, entregado a sus labores campesinas; su madre se sentía atendida, y su nueva cultura de ambos, pero siempre imponiendo aquel genio fuerte y autoritario. La situación económica era buena, se cogían cosechas muy lucidas y nada turbaba la paz de los moradores de la casa número 15 de la calle de La Peña, en el barrio de Entremuros.

Alguien muy allegado a dicha casa, con muchos años de edad y con una pintoresca sicología de las gentes de campo, observador y un tanto socarrón, nos decía hace muy pocas horas:



Anselmo Escapa Tuella

lito de características tan inhumanas y feroces, como el que ahora le ha llevado a la cárcel.

EMPIEZAN LAS DESENTURAS

Aquel ambiente de felicidad, de paz y de bienestar comenzó a oscurecerse en el hogar de la familia Escapa-Salinas. No se trataba de pérdidas que pusieran en peligro la economía de la casa. Era algo más doloroso e inquietante.

La anciana Antonia, inconsolable desde la muerte de su esposo, empezó a sentirse afectada hace cinco años por una dolencia a la vista, que en poco tiempo, y a pesar de los esfuerzos de la ciencia, sintió la tragedia dolorosísima de quedarse ciega. Tal acontecimiento entristeció el hogar de la calle de La Peña, agravado aún más intensamente cuando hace dos años, por el verano, Antonia Tuella Colungo, al bajar unas escaleras, sufrió una caída, resultando con una cadera fracturada, lesión muy delicada a sus años, y aun cuando se la asistió debidamente, quedó imposibilitada, y ya no pudo levantarse más del lecho.

Estas angustiosas contrariedades (Continúa en la pág. 4.)



María Salinas Oliván

LA TRAGEDIA DE BARBASTRO

¿SUPERSTICIÓN, LOCURA O SIMULACIÓN?

(Viene de la pág. 3)

fuieron motivo de preocupación de la anciana, de su hijo y en grado más extraordinario de la propia María, en la que visiblemente se advirtió cambio de su carácter, mostrándose muy reservada, retraída y hasta en algunos momentos violenta, pues su temperamento no sabía sufrir con resignación todas aquellas desgracias. Por su parte, Anselmo se convirtió en un reflejo de las sensaciones que agriaban la tranquilidad de su cónyuge. Únicamente la anciana Antonia soportaba con resignación cristiana aquellos sinsabores y hasta trataba de dár ánimo a su hijo y a su nuera. Llegó, en su deseo de tranquilizar a una y otro, a tomar disposiciones por si su estado de salud se agravaba. Un día llamó a

ritaria y voluntariosa. Finalmente, los gritos y discusiones fueron tan especulares y extraños, que intervinieron los parientes, se consultaron amigos íntimos e incluso a los médicos, que sacaron en consecuencia que lo extravagancias del marido y sobre todo las de la mujer hacían sospechar una alteración en sus facultades mentales. Se repetían los gritos y entre ellas, las protestas de Anselmo y entre los dos, las súplicas acongojadas de la anciana Antonia, que rogaba un poco de consideración para sus achaques y su estado de absoluta imposibilidad física. Pero los gritos, las polémicas y las reyertas fueron tan continuadas, que hubo que tomar medidas extremadas cuando María comenzó a aislar a su marido y a su suegra, cerrando puertas y ventanas con lla-

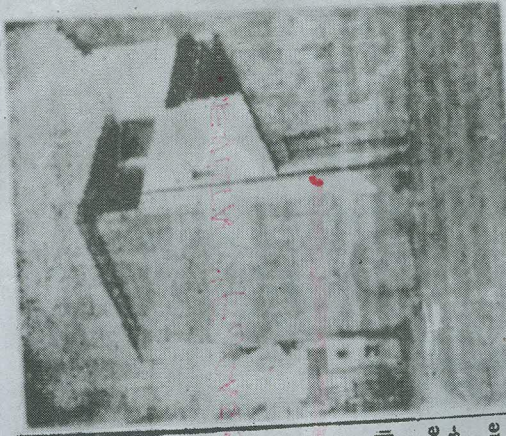
das las entradas de la casa para que no entren las brujas, y estoy dispuesto a acabar con ellas.

Los vecinos temblaron al oír que Anselmo, sin voluntad ni criterio propio, lejos de imponerse y de tranquilizar a su mujer haciéndole ver lo absurdo de su manía y hacerla volver a la realidad, exclamaba medroso: —Tienes razón, María. Haz lo que mejor te pinte.

Pero al parecer esta ciega obediencia de Anselmo, lejos de satisfacerla, la excitaba más, hasta el punto de que los escándalos, los alaridos, los demuestos y las amenazas se multiplicaron en tales términos, que los vecinos se intranquilizaron, cundió la alarma y volvió a solicitarse de las autoridades un segundo ingreso en el manicomio para que María y Anselmo fueran de nuevo objeto de un examen médico, ya que la anciana Antonia no descansaba espantada por el miedo que su hijo y su nuera le causaban con aquellos altercados, en que se mezclaban las risas con las injurias y las caricias con las más justísimas amenazas. Y ante tan justificados recelos de vecinos y parlamentos de que pudieran desembocar en alguna desgracia irreparable, las autoridades correspondientes accedieron a enviar por segunda vez al matrimonio al manicomio provincial de Huesca.

UNA SOSPECHA CONFIRMADA

El día 28 del pasado mes de enero se dio el encargo al jefe de la Guardia Municipal de Barbastro, don Félix Sa-



La calle de la Peña, de Barbastro, y al frente, la casa donde se desarrolló el suceso

de la tarde en que se escuchó la última discusión, ya no los hemos oído, y la anciana Antonia no habla palabra, y era a la que mejor se oía que-riéndose de tales reyertas. Yo no estoy tranquilo. ¿Qué le parece a usted tan absoluto silencio?

—Pues no me dice nada bueno. Es más, sospecho que ha ocurrido algo desagradable, y me voy hasta el juzgado a dar cuenta de esta anomalía que a mí me parece muy raro —replughó el jefe de la Guardia Municipal de Barbastro, que marchó con gran premura a poner en conocimiento del juez de instrucción sus temores.

Así lo hizo el diligente funcionario municipal, quien recibió indicaciones para que aclarara lo ocurrido. El señor Samitier, en compañía de la Guardia Civil del puesto de Barbastro, se presentó a la puerta de la casa número 15 de la calle de La Peña.

Desde un pequeño balcón del piso ocupado por la anciana Antonia y sus hijos, Anselmo y María, debieron advertir la presencia de los guardias, luego que se oyó que alguien

militar Bafaluis, de que María Saunas Oliván fuera sacada de su domicilio y llevada al manicomio de Huesca. Este funcionario, persona cabal, inteligente y de grandes afectos en la ciudad por su actuación oficial y privada impecable, decidió cumplimentar tal orden el día 30 de enero. Iria con dos subalternos y trasladaría a María, como ya lo hiciera la primera vez, a Huesca. A fin de no llamar la atención del vecindario, por si la voluntariosa mujer se rebelaba, se escogió la hora de las cinco de la tarde y se colocó un automóvil en sitio inmediato. Cuando ya se tomaron todas las disposiciones y el señor Samitier se en-

tró en la puerta de entrada con ce-
rrrojo y llaves.
Cada vez más alarmado, el señor Samitier, mientras los guardias civiles y municipales rodeaban la casa, golpeó en la puerta:
—¡Anselmo, abre inmediatamente la puerta!

La orden del señor Samitier quedó al parecer sin respuesta, mientras un silencio angustioso reinaba en toda la casa. Pero fueron cuartos de minuto, porque en seguida se oyeron pasos en el interior que por momentos se aproximaban a la puerta de la calle. En esto se escucharon angustiosos gritos



El jefe de la Guardia Municipal de Barbastro, señor Samitier, nos relata algunas incidencias del suceso que surgió cuando iba a trasladar a María Salinas al manicomio de Huesca

caminaba seguido de sus subalternos y la voz encolerizada de María Salinas a la casa de la calle de La Peña, en el trayecto se encontró con uno de los vecinos de una casa inmediata, que era de los que se habían alarmado por el recrudecimiento de las extravagancias de María y su marido. Le llamó y entre ambos se entabló un breve diálogo:

—Qué, ¿hay novedades por aquella casa?
—No, don Félix, y eso es lo que me intranquiliza. Desde ayer a las seis

Seguidamente se oyó el chirrido de
(Continúa en la pág. 15.)

Desde este balcón que señala la flecha intentó arrojarle a la calle la parricida

consejo a todos sus hijos y les advirtió que iba a tomar medidas para repartir sus bienes, y que deseaba que ninguno de ellos hiciera la menor objeción. Por adelantado aceptaron como bueno lo que su madre decidiera. Así se hizo. Antonia Tuella Colungo distribuyó entre sus cinco hijos todas las tierras, dinero, ropas y enseres, y en último extremo les comunicó:
—Como yo vivo con Anselmo y María desde que se casaron, me atienden y estoy satisfecha de su cuidado, he dispuesto darles la casa donde vivimos, como mejora, y además la parte proporcional de la herencia y partición como lo hago con vosotros.

Ninguno de los hijos hizo el menor reparo y todos se mostraron conformes conque la casa familiar donde todos se habían criado y donde sus padres habían sido tan felices, pasara a la propiedad de Anselmo, puesto que era el hermano menor. Así se aceptó y se cumplió, y la anciana vivió aún en vida que todo lo que en otras familias podía ser semillero de discordias sin equivocarse el reparto que ella hiciera.

Aquella atención y el tal mejoramiento que la anciana Antonia hizo en favor de su hijo y su nuera debió de ser motivo de tranquilidad y satisfacción para el matrimonio. Pero incomprendiblemente no debió de serlo, cuando a primeros del año de 1961 comenzaron a señalarse en el hogar de la calle de La Peña incidentes y sucesidos por demás sospechosos. Primeramente surgieron ciertas desavenencias entre los esposos, nadie pudo averiguar por qué motivos. Más tarde aparecieron las discusiones entre Anselmo y María, cada vez más auto-

ves y candados, advirtiéndole que lo había para que no entraran en su casa los espíritus malignos. Ya en tal trance, los hermanos de Anselmo recabaron de las autoridades que tanto éste como su esposa fueran ingresados en el manicomio de Huesca, para que los siguieran los sometieran a observación y dictaminaran acerca de su verdadero estado mental. Lo solicitaron y se les complació. El matrimonio fue ingresado en dicho manicomio, donde los expertos médicos dieron de alta a la semana a Anselmo, afirmando que estaba normal y que sólo tenía una inhibitoria de la voluntad. En cuanto a María, salió también del manicomio oscense al cabo de un mes, advirtiéndole los médicos que no estaba trastornada, y que sólo tenía un temperamento que rechazaba toda intervención moral en su vida, fuera de quien fuere.

OTRA ETAPA INTRANQUILIZA DORA

Se reintegraron marido y mujer de nuevo a su hogar de la calle de La Peña, número 15, saludaron cordialmente a su anciana madre, que seguía ciega e inmóvil en su fecho, pero que expresó su contento al saber que María y Anselmo estaban completamente bien.

Durante estos meses de 1961, hasta comenzar el mes de enero último, la tranquilidad fue absoluta en la casa, hasta el extremo de que ya nadie se acordaba de aquella supuesta demencia. Pero en la primera semana de enero, una noche oyeron gritos estridentes que partían de casa de la anciana Antonia, y oyeron que María exclamaba, dirigiéndose enfurecida a su marido:

—¡No puedo soportar más estos malos espíritus! Tengo demasiado trabajo en la casa y, por si no fuera bastante, las enfermedades de ti, madre me agotan a mí. Volveré a cerrar to-